

a las escasas capacidades y débiles fuerzas de quien sólo abunda en buenos deseos de servir a su país. Mas esta deficiencia es transitoria y subsanable y en nada amengua el mérito de la labor inicial, pues antes bien la realza con el precioso don de la benevolencia.

Acompañadme ahora, señores, os lo ruego, a formular sinceros votos porque goce de largos y venturosos años el ilustre Rector, a quien en buena hora se encomendó la suprema dirección de este Colegio. Si me fuera dable hacer de su persona una representación alegórica, lo exhibiría como el sembrador arrojando la semilla sobre los surcos abiertos de la Patria y sorprendiendo en ellos el gesto supremo de la vida.

Octubre de 1921.

---

## EL R. P. MARIO VALENZUELA

(PROLOGO A SUS ESCRITOS ESCOGIDOS)

---

Cuando mi excelente y cariñoso amigo el P. Joaquín Emilio Gómez me pidió unas líneas de introducción a este libro, me pregunté si necesitaba ser imparcial para escribirlas. Entiendo por imparcialidad la condición del biógrafo y del crítico que, ajenos a malsanas pasiones, dicen la verdad, toda la verdad, o a lo menos lo que tienen por tal honradamente, sin asesinarla con mentiras, ni deformarla con exageraciones, ni deslustrarla con omisiones maliciosas. En tal concepto, puedo escribir el prólogo.

Otros estiman que la precitada cualidad consiste en que el autor se desnude de todo sentimiento humano; de creencias religiosas y opiniones filosóficas y políticas; de afectos patrióticos, regionales y de familia,

y se asemeje al preparador anatómico, que lo mismo disecciona el cadáver de Nariño que el de Russi. Esa imparcialidad no la he tenido nunca, no deseo poseerla jamás, Menos ahora, porque el padre Mario—como lo llamamos afectuosamente en casa—reina en la escala de mi admiración en sitio preferente; porque ocupa una de las celdas más íntimas de mi corazón.

Vacilaría en trazar estos renglones, temeroso de ofender la humildad del piadoso jesuita, si no supiera que él ya pasó del tiempo en que los elogios se oyen como tentación peligrosa a la época en que, mediante la gracia divina, se reciben con benévola indiferencia.

De limpias stirpes españolas, en un hogar ilustre por señalados servicios a la patria, santificado por austeras virtudes cristianas, vino al mundo Mario Valenzuela, en Bogotá, el 19 de enero de 1836 (1).

Después de la irremplazable educación familiar, sus padres se lo confiaron a los jesuitas; y primero en esta ciudad, en seguida en Kingston, cuando la expulsión de la Compañía, hizo buenos estudios de humanidades y filosofía, y regresó a la tierra natal, mozo por los años, niño por el candor, anciano por la madurez del juicio.

Perfeccionó entonces sus conocimientos, regentando algunas cátedras en el *Instituto de Cristo*, fundado y dirigido por don José Joaquín Ortiz, y frecuentando el trato del eximio institutor y poeta y el de otros profesores del Colegio, como don Juan Francisco Ortiz, don Germán Malo y don Ricardo Carrasquilla. Con este último contrajo el joven Valenzuela una de aquellas amistades cristianas que recuerdan, aunque de lejos, la

---

(1) Nació del legítimo matrimonio de don Menandro Valenzuela y doña Florentina Pieschacón. Su abuelo paterno, el doctor don Crisanto Valenzuela, uno de los abogados y catedráticos más doctos de la colonia, de los promotores más eficaces de la independencia, fue fusilado por orden de don Pablo Morillo, en 1816.

de san Basilio y san Gregorio; amistad fundada en la estimación más que en la simpatía, y en que la intimidad está templada por mutuo e inviolable respeto. Nadie sabe con perfección una ciencia sino cuando se la ha enseñado a los demás. La conversación frecuente con personas ilustradas, pródigas de su saber, suele aprovechar tanto como las lecciones aprendidas en las aulas.

Se cerró el *Instituto de Cristo*, en abril de 1854, con motivo del golpe de cuartel y de la dictadura que le siguió, como lógica e ineludible consecuencia. Valenzuela se enroló como simple soldado en las filas de la legitimidad, combatió en mortíferas batallas con la serenidad propia de su raza, y dos días después de entrar triunfante a la capital, «a pie, descalzo y el fusil al hombro» (1), tornó a su casa y a sus amados estudios.

Acompañó nuevamente a don José Joaquín Ortiz, quien se encargó de dirigir el Colegio de Boyacá. La venerable ciudad de Suárez Rendón, que luce en su frente tantos laureles cívicos, ostenta otros, no menos gloriosos, que la religión le ha concedido. En Tunja hizo san Pedro Claver su tercera probación; allí nació, embalsamó el claustro con sus virtudes, escribió sus obras inmortales y dejó sus preciosas reliquias la «émula de santa Teresa» (2), la clarisa Francisca Josefa del Castillo. Y en Tunja enseñó el futuro padre Mario Valenzuela.

No habían pasado inadvertidos los méritos del joven catedrático, quien fue nombrado miembro y secre-

(1) Vergara y Vergara. Introducción a las *Poetas de Mario Valenzuela*, precedidas de una breve noticia biográfica y seguida de algunas composiciones poéticas que le han dirigido sus amigos—Bogotá—Imprenta de la Nación—1859—102 páginas en 8.º mayor, precedidas de un retrato litográfico del autor.

(2) Frase de Menéndez y Pelayo, al hablar de la Madre Castillo—*Discurso de recepción en la Real Academia Española*.

tario de la Asamblea Constituyente de Cundinamarca; y el día en que huyó del mundo, había sido electo como suplente para la Cámara de Representantes y llamado a ocupar una curul, por ausencia del diputado principal.

En aquellos años compuso Mario Valenzuela las poesías de su juventud, que le alcanzaron alto renombre nacional. Se habían ido publicando en periódicos y revistas (1) y, cuando el autor se hizo jesuíta, fueron compiladas y dadas a la estampa, en el hermoso volumen arriba citado, merced a cariñosa solicitud de don José María Vergara y Vergara.

Mas, primero que discípulo de las musas, Valenzuela era, aun antes de vestir sotana, soldado voluntario de Cristo y de la Iglesia, cuyos derechos defendió, como bueno, con la palabra y con la pluma, con la acción y el ejemplo. Entre sus escritos religiosos y filosóficos de entonces, tiene la primacía la refutación del principio de utilidad, de Jeremias Bentham (2), sistema ruin con que se envenenó a nuestra juventud durante medio siglo. He vuelto ahora a leer aquel opúsculo y, a pesar del tiempo transcurrido, y de lo diverso de las circunstancias, y de la mudanza que la edad ha impreso en mis gustos literarios, lo he hallado tan fresco y atractivo, tan sólido e interesante como en los años de mi ya remota mocedad.

La magna obra de Mario Valenzuela fue otra. Había tenido noticia de las conferencias de San Vicente de Paúl, creadas en Francia por Federico Ozanam y difundidas por muchas naciones de la tierra. Hallábase entre un corro de amigos, en uno de los claustros del con-

(1) *El Porvenir*, *La Guirnalda*, *El Liceo Granadino*, *El Album*, etc.

(2) *Apuntamientos sobre el principio de utilidad*—Bogotá—Imprenta de Ortiz—1857—32 páginas en 8.º—Precédelos una encomiástica carta del doctor don Mariano Ospina.

vento de santo Domingo, cuando empezó a hablarles con calor de la utilidad, de la necesidad imperiosa de fundar en Bogotá algo semejante, encareciéndoles lo fácil y hacedero de la empresa.

—Pero, ¿cómo? preguntó uno de los presentes.

—De esta manera, repuso el ardoroso joven; y quitándose el sombrero y presentándose a sus oyentes, añadió, con acento conmovido:

—Una limosna por amor de Dios!

Cayeron unas monedas de poco valor al improvisado bolsillo. La Sociedad de San Vicente de Paúl había nacido.

Más de sesenta años lleva de existencia y, en tan largo período, en esta tierra clásica de la inconstancia, no ha dejado de celebrar una sola de sus juntas semanales, ni en épocas de guerra civil, ni en los días de más acre persecución a la Iglesia, ni en aquellos en que la ciudad fue teatro de trágicos combates. Las lágrimas que se han enjugado, las miserias corporales y espirituales aliviadas no tienen número: sólo Dios las conoce. El instituto se ha propagado a todas las poblaciones importantes de la República. Para que la memoria de Mario Valenzuela no se borrara jamás en nuestra patria, bastaría grabar en la losa de su sepulcro estas palabras: FUNDADOR DE LA SOCIEDAD DE SAN VICENTE DE PAÚL.

Tiempo hacía que venía oyendo la voz interior, dulcísima pero cada vez más apremiante, de Dios que lo llamaba al sublime honor del sacerdocio, a la dolorosa felicidad de la vida religiosa. El siervo fiel obedeció al mandato de su Señor; el alma enamorada acudió al reclamo del celestial Esposo. Entre los motivos de que se valió la gracia divina para hacerle elegir la Compañía de Jesús, se cuentan, además de la gratitud y cariño a sus directores y maestros, de la admiración

que profesaba a la orden, dos razones que presumo haber adivinado: la completa abnegación de la voluntad propia que entre los jesuitas se observa, y la prohibición que tienen de pretender y admitir dignidades eclesiásticas.

Conversábamos, cierto día, varias personas sobre las espantables austeridades de la Cartuja. El padre Valenzuela, que se hallaba presente, no había tomado parte en la plática, hasta que le puso fin y remate, diciéndonos:

—Se puede ser cartujo por descanso y jesuita por mortificación.

No habría entendido yo esta sentencia, si no hubiese leído muchas veces este pasaje de san Gregorio el Grande: «No es muy trabajoso al hombre el desprenderse de todos sus bienes, pero sí lo es el negarse a sí mismo; fácil es renunciar uno a lo que tiene, muy difícil renunciar a lo que es» (1).

Pretendió la Sede Apostólica, a fines del pasado siglo, nombrar obispo al padre Valenzuela, una vez para la diócesis de Pasto, otra para la de Panamá. En ambas ocasiones, se apoderó de él tamaña pena, que el Sumo Pontífice no se atrevió a imponerle aquel supremo sacrificio, único ante el cual no tuvo valor el heroico religioso para doblar humildemente la cabeza.

Pero basta de digresiones. Los jesuitas habían vuelto al país y establecieron en Bogotá su noviciado. A él ingresó Mario Valenzuela, el 2 de mayo de 1858. No participó de antemano su resolución ni a sus más íntimos amigos porque, en aquel sacratísimo pacto entre Dios y él, no debía intervenir ningún agente humano. Tres años después, el 19 de julio de 1861, salió desterrado de su casa, y de su ciudad natal y de su patria, en asocio de sus compañeros de religión. ¿Por qué delito?

(1) Homilía 32 in Evang.

Los vencedores de entonces proclamaban la libertad—*absoluta y sin limitación alguna*—de conciencia y de cultos, de asociación y de enseñanza, y se anunciaban defensores de las clases desvalidas contra el lujo y las injusticias de los ricos. El inmaculado joven bogotano, nieto de los fundadores de Colombia, padre de los pobres, poeta de merecida nombradía, obedeciendo a un mandato de su conciencia, se asoció a otros cristianos para tributar culto a Dios y enseñar a la juventud las letras y las ciencias. Con este fin, se desprendió de su patrimonio e hizo voto de absoluta pobreza. Tales fueron sus crímenes. Y tal es la lógica del fanatismo anticristiano.

Un jesuita, por regla general, desde el día en que empieza a serlo hasta la muerte, no tiene biografía. Su talento y su ciencia, sus virtudes y sacrificios; sus esfuerzos y labores redundan en honra y pro de la Compañía, la cual, a su turno, los refiere a la mayor gloria de Dios. Se asemejan los hijos de san Ignacio a los planetas y a los soles ignotos del vulgo, que tachonan el firmamento en una noche de verano; a las piedras, caladas como encajes, que forman las catedrales de Burgos y Colonia; a los marinos, heroicos y sin nombre, que combatieron y triunfaron en Lepanto. Sobre la vida de uno de estos soldados de Cristo, sólo pueden enumerarse los lugares en que estuvo, los cargos que desempeñó, los escritos suyos que se dieron a la estampa (1).

(1) El padre Mario Valenzuela se ordenó sacerdote, en León de Nicaragua, el 24 de diciembre de 1871. Más tarde fue superior de los jesuitas, en Colombia y Centro América y, en calidad de tal, entró a Bogotá el 14 de diciembre de 1883. De 1887 a 90, rector del Colegio de Medellín. Del 90 al 93, profesor de diversas asignaturas, entre ellas teología dogmática y moral, en Chapinero. Del 93 al 96, rector del Seminario de Pasto. Fundó, con la eficaz cooperación del doctor Antonio Roldán, ministro de gobierno en

Tratándose del padre Valenzuela, cabe la observación de que los superiores le concedieron los estudios más completos y dilatados que otorga la Compañía a los religiosos de sobresalientes capacidades. En prueba de ello, recuérdese que, a pesar de lo bien preparado que llegó, lo demoraron catorce años, antes de llamarlo al sacerdocio.

—Aquí en Colombia—le oí decir al preclaro arzobispo Paúl—conocen y estiman al padre Mario como poeta y literato; pero él vale más como matemático y profesor de ciencias físicas; y antes que físico y matemático, es filósofo; primero que filósofo es teólogo, y su mérito consiste menos en las ciencias que en las virtudes.

También quiero añadir que, sin el tacto, prudencia, blandura de porte y prestigio del padre Valenzuela, la Compañía de Jesús no se habría reestablecido la última vez en Colombia, con la suavidad y eficacia con que felizmente, con el favor de Dios, se llevó a término la empresa.

Va para tres lustros que el sabio jesuita reside en la ciudad de Panamá. Anciano de ochenta y seis años, casi ciego, doblado, exhausto por la edad, el estudio y la penitencia, su cuerpo semeja hecho de raíces de árboles, como decía santa Teresa del de san Pedro de Alcántara. Observa las reglas de su instituto con la sencillez y puntualidad de un novicio fervoroso; emplea largas horas leyendo y escribiendo, ayudado de una lente poderosa; conserva la luminosa integridad de sus facultades mentales y pasa todo el tiempo que le sobra,

la administración de Caro, el Colegio de Bucaramanga, el 22 de marzo de 1897, y fue su rector hasta 1907. En 1889, fue a Roma, como consultor del Ilmo. señor Herrera Restrepo, Arzobispo de Bogotá, al Concilio Plenario de la América latina. De 1907 a 1915, superior de la residencia en Panamá, donde ha seguido morando hasta la fecha.

de rodillas, inmóvil, absorto, a los pies de Jesús sacramentado.

\* \* \*

Para hablar de los escritos de Mario Valenzuela, empezaré por lo que menos importa; por lo que el editor de este libro dejó para el último volumen: las poesías y los artículos y discursos puramente literarios.

Vergara y Vergara, en la ya dos o tres veces mentada *Introducción*, juzga que, en los versos de su discípulo y amigo, «hay lo suficiente para adornar la juventud de un grande hombre: pureza de estilo, corrección, gusto, elevación en los pensamientos, valentía en las descripciones; nada le falta.» Califica a *Recuerdo* de «una joya»; dice que *Dos nombres* «tienen el perfume de una flor, la finura y la ligereza de un encaje»; que la oda *Colombia* «es digna de su título,» y llama a *Triunfaste* y a *Desengaño*, «inimitables.» No me aparto de estos dictámenes del ilustre escritor, pero me atrevería a compendiarlos en una sola frase: Valenzuela, a lo menos en una decena de sus composiciones, es un verdadero poeta.

Esta cualidad no es mera suma o combinación de otras prendas superiores con que la Providencia haya enriquecido a un escritor. Dadme uno, dueño de nobles y originales pensamientos, viva imaginación, sensibilidad exquisita, oído delicado, conocimiento del idioma y de las reglas de los preceptistas, y que se dedique a escribir versos. Allí puede haber un poeta, pero nada tiene de particular que no le haya.

Poeta es el hombre que ve la naturaleza, no cual ella es, rota y empañada por culpa del pecado original, sino virgen, radiante de hermosura, como brotó al principio de los labios omnipotentes del Creador; es una alma con nostalgia de paraíso terrenal; que colum-

bra, detrás de este universo en que vivimos, otro muy superior, invisible a las miradas profanas. Las cosas existentes se le presentan

*Con nimbo de irisados resplandores,*

como se muestran al viajero que cruza la Cordillera central las blancas aristas del nevado del Ruíz, cuando las besan los primeros rayos del sol. Un poeta es una mente que purifica, engrandece, espiritualiza todos los afectos y emociones, y que, aun al dejarse vencer acaso por pasiones innobles, realza en ellas, como Milton en su *Satanás*, los restos del bien y la belleza que Dios imprimió en todas sus obras, y que no alcanza a destruir por entero la perversidad de las criaturas. Traduce todo, ideas, sentimientos e imágenes, en frases musicales, vestidas de luz, que se graban en la memoria del lector u oyente, que le hacen creer que él mismo las compuso, que lo contagian por un instante, de la divina locura del cantor.

Probablemente, nada de lo anterior es así; pero eso es lo que yo siento al repasar las *Tristes* de Ovidio o las *Odas* de fray Luis de León, al releer a Lamartine o a Manzoni. Y algo de ello encuentro en las mejores poesías de Mario Valenzuela.

¿Que son pocas? ¡Qué importa! Rodrigo Caro se sienta en uno de los tronos del parnaso español, sólo por la *Canción a las ruinas de Itálica*; Gutierre de Cetina se inmortalizó por un madrigal de ocho renglones.

Un crítico ratonesco, a estilo de Antonio de Valbuena, haría a los versos de que estoy hablando, una multitud de reparos. Algunos defectos, hartos leves por cierto, no se ocultan a mi veneración y cariño. Piénsese en que el autor, cuando se coleccionaron sus poesías, tenía veintitrés años! Pero una creación artística no se puede comprender y admirar sino en conjunto.

¿Qué se diría de un sujeto que, comisionado por la Academia de Bellas Artes para estudiar una obra de Canova, se presentara con un fragmento de la estatua, reducido a polvo, para anunciar que había encontrado calcio, oxígeno y carbono? A la crítica no se le pueden aplicar el método y los procedimientos de la química.

Todo escritor, a menos de ser un genio descubridor de un nuevo mundo intelectual, tiene que pagar algún tributo a los gustos y modas literarios de su época. En la de nuestro poeta, imperaba casi sin contrapeso, el romanticismo; y del influjo de aquella escuela se hallan vestigios en dos lindos romances históricos que recuerdan los de Zorrilla y el duque de Rivas, en la preferencia por la rima asonante y los finales agudos, en el marcado carácter subjetivo de varias composiciones, en el ambiente de melancólico desengaño que las circunda.

Pero la fuerte educación clásica del autor, su conocimiento de los latinos y de los españoles del siglo de oro, la nativa aristocracia de su espíritu lo preservaron por completo del mal gusto y de las extravagancias en que incurrieron muchos de sus contemporáneos. Formando contraste con la frondosa verbosidad de entonces, posee una elegante sobriedad y se amparó de la lluvia de adjetivos inútiles que empapaba los versos de aquellos tiempos y aun los de vates más recientes, de altísimo y, por otros conceptos, merecido renombre. En la poesía titulada *El llanero*, no hay más que tres epítetos: *el noble caballo, la roja banderola, el nervudo brazo*; y de los tres, sólo el primero está de sobra. Podría decirse que Valenzuela perteneció a un romanticismo clásico o a un clasicismo romántico.

Me parece advertir en sus obras la influencia, no imitación, de dos de nuestros máximos ingenios: José Joaquín Ortiz y José Eusebio Caro. No es tan solemne

y grandilocuo, ni vuela tan alto como el primero; no iguala al segundo en la robustez del pensamiento, el hervor pasional, el ritmo portentoso, pero se les acerca, y tiene en su lira notas de suma delicadeza, de suavidad y dulcedumbre deliciosas.

Sus asuntos son la religión, la patria y el amor. Sobre este último punto, cedo la palabra al señor Vergara y Vergara:

«No sabemos si alzar o no los velos sobre el origen de las cinco composiciones eróticas que escribió Valenzuela. Tal vez, favoreciendo la idea que naturalmente se presentará al lector, aparecerá el sacrificio de Mario al hacerse jesuita, más grande, si se quiere, más romántico. Aquel corazón tan amante, tan grande, tan joven ¿abrigó de veras una pasión, y en este caso el *Sacrificio* es su propia historia?»

¿Fueron escritas esas composiciones sólo por las instancias de Carrasquilla, que para vencer su timidez le sugería la idea del plan? Esto nos consta; y en obsequio a la verdad, diremos que no hizo espontáneamente ninguna de esas cinco poesías» (1).

Le oí al señor Carrasquilla confirmar la veracidad del anterior concepto.

Hizo el padre Valenzuela después de jesuita, obligado por las circunstancias, otras poesías más correctas, más clásicas, pero tal vez menos espontáneas e inspiradas que las de los años primeros. El arte rinde, por regla general, sus mejores frutos, sembrado en las almas juveniles, al contrario de la ciencia, que no madura sino con el transcurso de muchos años.

¿No es reprehensible, preguntará alguno, que un sacerdote, un religioso escriba versos? Respondan el papa san Dámaso y el sacerdote Prudencio, san Gregorio

(1) Introducción citada.

Nacianceno y san Ambrosio, san Francisco de Asís y san Buenaventura, santa Teresa y san Juan de la Cruz. Lo inconveniente es que el hombre de Dios elija asuntos que repugnen a la santidad de su estado; que por dedicarse a las letras descuide sus obligaciones con Dios y con las almas, y que haga versos literariamente malos.

\* \* \*

Se dijo atrás que las poesías son lo menos importante en las obras del padre Valenzuela, y que él vale más que como literato, por sus condiciones de filósofo y teólogo. Y, sin embargo, a los versos se ha dedicado buena parte de esta introducción.

Consiste en que un retratista debe acentuar los rasgos que mejor individualicen al modelo. Nuestro sapientísimo jesuita no ha escrito, desde que es sacerdote, ni con deseos de renombre, ni para desahogar ideas y sentimientos, ni en provecho de la ciencia, ni por amor al arte, sino para la salvación de las almas. Sus artículos exponen hermosamente la verdad católica, combaten los errores y los vicios más en boga y, en el campo filosófico, tratan las cuestiones de ética social, tan útiles, tan necesarias, en los tiempos que corren.

Para conocer la vigorosa personalidad científica del padre Mario, es preciso conversar con él y, mejor aún, consultarlo, sentarse frente a su cátedra, oírle las instrucciones al clero en ejercicios espirituales. Nada de eso tendrá cabida en el presente libro y, por lo mismo, no es de obligatorio estudio en este prólogo.

Se cuenta el padre Valenzuela entre nuestros primeros escritores en prosa. La suya es correcta, sin afectación; castiza, sin empalagosos arcaísmos; viva y original, sin extravagancias; amena, sin vulgaridad, y posee dos condiciones que Horacio juzgaba incompatibles: la concisión y la claridad.

Un autor es conciso cuando su inteligencia concibe los pensamientos casi intuitivamente y en conjunto; es claro en la expresión, cuando percibe claramente las ideas. Los mozos suelen creer que oscuro es lo mismo que profundo; más tarde el estudio los hace cambiar felizmente de dictamen.

En los primeros escritos de Valenzuela, anteriores a la entrada en religión, se advierten ligeras huellas del idealismo cartesiano, en lo que no se opone a los dogmas de la fe y tal como lo admitieron en parte grandes apologistas católicos: Balmes, Donoso Cortés, Augusto Nicolás. Después de los estudios cumplidos en el seno de la Compañía, se afilió irrevocablemente a la escolástica, la filosofía más luminosa y fecunda que haya existido, la única completa, la que mejor concuerda con las verdades reveladas y—¡quién lo hubiera pensado hace un siglo!—con los novísimos descubrimientos de las ciencias físicas y naturales, sin excluir a la lingüística y a la filología comparada. No la escolástica de los siglos XIV y XV, degenerada y decadente, conocida con el nombre de *ergotismo*, sino la del siglo XIII, edad de oro del pensamiento filosófico, personificada en el beato Alberto el Grande y santo Tomás de Aquino, en san Buenaventura y Escoto.

Tuvo la escolástica una nueva juventud, en el siglo XVI, principalmente entre los españoles. Se adornó con las galas del Renacimiento; se enriqueció con el proceso histórico, tan atractivo y prolífico. Astros de aquella constelación de sabios fueron los dominicos Victoria, Soto y Melchor Cano, de quien se dijo que pensaba como santo Tomás y escribía como Cicerón; los jesuitas Lugo, Toledo y Molina. Y sobre ellos espande el *Eximio Doctor*, padre Francisco Suárez.

Con el trato familiar de tan excelsos maestros y las luces de su propio esclarecido entendimiento, pudo el

padre Valenzuela levantar el edificio de sus opiniones filosóficas, tan sólido en la construcción como armónico en las líneas exteriores. Fácil es comprender que de las doctrinas que se adopten en filosofía dependen las que en materias teológicas se profesen. Acerca de las verdades reveladas, tales como la Iglesia Romana las enseña, no caben, entre católicos, divergencias ni sistemas; pero sí en la manera de concordar los dogmas unos con otros y con los dictados de la razón natural; en el modo de exponerlos científicamente, y en los argumentos con que se propugnen y vindiquen. Un sabio—y vaya de ejemplo—no podría ser discípulo de Descartes en psicología, y de santo Tomás en teología sagrada.

Para conocer al doctísimo jesuita como catedrático, es preciso oírle las lecciones (1). Principia por adoptar un método admirable, en el cual no abusa de la síntesis, ni pone trabas al andar del pensamiento; pero tampoco consiente en que la análisis excesiva extravíe la razón por una red de senderos, de donde no pueda volver al camino principal y pierda de vista los puntos de partida y de llegada. Vienen en seguida la exposición, diáfana y sencilla, al alcance de los más rudos intelectos; la argumentación apretada y convincente; el calor de la frase, que evita distracciones en el discípulo; la amenidad que le impide el cansancio.

Es autor el padre Valenzuela de un libro importantísimo, que llamó primero *Notas jurídico-teológicas*. Cuando se agotó la edición, lo rehizo sobre un plan más amplio y comprensivo, con el título de *Compendio del Código Civil en armonía con la conciencia* (2). Trabajo es éste que supone conocimiento exacto de la letra

(1) En una época leyó teología dogmática en el Seminario de Bogotá, y el autor de este prólogo lo escuchó muchas veces.

(2) Bucaramanga—Tipografía de *La Voz Católica*—1898—páginas VIII—175, 8° mayor.

y el espíritu del Código Civil y de las leyes que lo reforman y completan, magna erudición teológica y canónica, sintética agudeza de ingenio. Mereció calurosa aprobación de los señores arzobispos y obispos, altos encomios de varios miembros de la Suprema Corte de Justicia, se adoptó en todos los seminarios diocesanos, hízose indispensable a los catedráticos y alumnos de teología moral, a los párrocos y confesores y a los abogados católicos. No es obra de lectura, sino de estudio y consulta, y en ella la concisión llega al límite extremo a que puede ir, sin despeñarse en el abismo de la oscuridad. El *Compendio* de nuestro compatriota, si se hubiera escrito en el agradable estilo del padre Taparelli, habría necesitado de seiscientas páginas.

Figuran en la presente colección varios sermones. Todo sacerdote, por el hecho de serlo, tiene el derecho y, si es obispo o párroco, el deber imperioso de anunciar desde el púlpito la palabra divina. Para cumplir este encargo recibido de Dios, santificar las almas, convertir una parroquia, una nación, el mundo entero si fuere necesario, le basta presentar sencilla y fielmente las verdades reveladas, con claridad y en orden; exhortar a la fuga del mal y a la práctica del bien, en pláticas familiares, animadas interiormente por el celo, revestidas por fuera con un lenguaje decoroso.

Mas si el sacerdote posee ciertas condiciones, su palabra será, además, una obra de arte, y ella pertenecerá a una de dos categorías: o a la predicación o a la oratoria sagrada. No puede darse la preferencia a ninguna, porque pertenecen a géneros diversos. La primera se guía por las leyes de la lógica y la didáctica; la segunda vuela en alas de la elocuencia, hermana menor de la poesía. El predicador expone el dogma—eterno e inmutable—en forma nueva y atrayente; lo demuestra y vindica con pruebas convincentes, inatacables; mueve

la voluntad con los juicios de la razón previamente iluminada y se sirve de una prosa tan rica y correcta como amena y elegante. El orador es muy distinto. Muestra la verdad, sin alterarla, vestida de espléndido ropaje; sus argumentos parecidos al rayo, brillan, retumban y derriban, quebranta las voluntades, al choque con las más nobles pasiones: amor y entusiasmo, indignación y remordimiento, temor y esperanza. Brotan las ideas de una manera inesperada; unas veces en cláusulas amplias y rotundas, otras en frases cortadas y secas, e infunden en los oyentes todas las emociones, desde el calofrío de lo sublime, hasta las lágrimas del enterrecimiento.

El padre Valenzuela, por humildad, y por servir de preferencia a los pequeños, y por recelo de profanar el verbo sagrado con galas puramente humanas, quiere andar por los caminos más llanos; pero muchas veces el poeta se sobrepone, quizás sin quererlo, al pedagogo, y se encumbra a las alturas de una elocuencia verdadera y genuina. Cuando es más admirable es al dar puntos de meditación en ejercicios. Sacerdote hay que guarda exactamente en la memoria varias de aquellas instrucciones, oídas hace veinticinco años, y conserva las heridas que le abrió el predicador en la conciencia y que, felizmente, aún no se han cicatrizado.

\* \* \*

Aquí debería estudiar la faz más importante del padre Mario Valenzuela: sus virtudes, su abnegación propia, la lucha incesante consigo mismo, siempre coronada por el triunfo, sus relaciones con Dios en la oración. No me atrevo a penetrar a ese santuario, ni aun descalzándome los pies y hundiendo la frente en el polvo. El doctor Angélico decía que era preciso ser santo para escribir la vida de los santos.

No obstante, hay en aquella vida interior un mérito que necesito consignar, porque me lo han dado a conocer circunstancias personales y, por lo mismo, puede escaparse a los futuros biógrafos. Uno de los mayores sacrificios del padre Mario, ha sido el de su entrañable cariño a su patria, su familia y sus amigos. Cuando ingresó al noviciado, el día de partir al destierro, a su regreso a la tierra natal y a la casa paterna, donde encontró vacío el puesto de su santa madre, no dio señal alguna de pesar, ni de conmoción, ni de gozo. Durante su ausencia no les escribió a sus amigos; y a su familia muy de tarde en tarde, alguna carta brevísima, y no más.

¿Se habían muerto en aquella alma todos los legítimos afectos terrenos? ¿Se había secado la fuente de la dilección en aquel corazón de poeta, dotado de la sensibilidad más exquisita? Oh, no! Dentro del pecho del jesuita, sin perjuicio del amor de Dios, y antes sirviéndole de incentivo, hierve un océano de ternura, represado por una voluntad de hierro y los auxilios de la gracia divina. Pero, así como en un dique poderoso, suele producirse una grieta, por la cual brotan las aguas con avallasador empuje, así también, a través de la austeridad del padre Valenzuela, en ciertos momentos se revela lo que tiene guardado en lo más recóndito del alma.

A pocos días de su retorno a Bogotá, hallándose hospedado en casa de su hermana, sirviéronle en la mesa uno de los platos favoritos de su madre, que él no había vuelto a ver ni a gustar desde los años de su primera juventud. Se le embargó la voz, llenáronse de lágrimas los ojos y un instante después rompió a llorar y a sollozar como un niño. Y, a la muerte de don Ricardo Carrasquilla, escribió al hijo mayor del

finado la siguiente carta, que en otra ocasión se publicó, pero no puede faltar en este prólogo:

•Bogotá, 31 de diciembre de 1886.

Señor presbítero D. Rafael María Carrasquilla—Medellín.

Mi querido Rafael:

Esta carta no se la escribo para consolarlo, sino para desahogarme.

Ud. no vio a Ricardo, por ausente; yo, porque estaba enfermo. Me habían ocultado la noticia cuidadosamente; cuando me levanté, quise irme para allá, y me la tuvieron que dar. Me dirigí a su casa, sin cuidarme de lo que pudieran decir los transeúntes al verme llorando por la calle; y, lo que no me había sucedido con nadie, no lo pude mirar; quise rezarle un responso, y no pude; le dije a mi compañero que lo rezara, y tampoco pude contestarle y me contenté con orar en mi corazón.

Me fui a la capilla y le di gracias a Dios porque había formado una alma tan perfecta.

Le di gracias por el premio que ya le había dado en el cielo.

Le di gracias por haberle dado tal madre, tales hijos, tal esposa.

Le di gracias porque me lo había dado por amigo.

Y le di gracias porque, llorando sobre la tumba de Lázaro, me quitaba la vergüenza de empapar con mis lágrimas el banco en que estaba arrodillado.

Rafael, ¿quiere Ud. ocupar en mi corazón el lugar que ocupó y ocupa todavía Ricardo?

MARIO VALENZUELA, S. J.►

¡Cómo se saciará de amor, cuando llegue al cielo, quien así ama en la tierra y sacrifica el humano en aras del amor divino!

He creído que este escrito puede servir a la divina honra, mostrando las dádivas que el Señor otorga a sus humildes servidores; ser útil a los prójimos, al proponerles grandes ejemplos que imitar, y que es un homenaje de justicia a un varón eminente, gloria de su familia, de su ciudad natal, de la patria y de la Compañía de Jesús. Con ello he pretendido pagar una mínima parte de una deuda de afecto y gratitud al mejor amigo de Ricardo Carrasquilla; a aquel *Mario*, a quien aprendí a querer desde la cuna, antes de conocerlo; al que me sirvió más tarde de guía y de consuelo; al que ocupa en mi corazón el puesto vacío por la muerte de mi padre.

Si el recto y sabio jesuíta llega a leer esta deshilvanada introducción, pensará que hay en ella muchos errores, indiscreciones y conjeturas temerarias. Le ruego que me perdone y atribuya los yerros, no a mala voluntad, sino a ignorancia y presunción del autor. Si así me juzga, no se apartará un punto de la verdad.

R. M. CARRASQUILLA

Bogotá, octubre, 1921.

## FRANCISCO VERGARA BARROS (I)

VAE SOLIS

Las letras colombianas están de duelo, porque uno de los últimos representantes de los estudios clásicos se alejó de entre nosotros para siempre, cuando menos lo esperábamos. La desaparición de don Francisco Vergara Barros es una gran pérdida para Colombia. Vivi-

(1) Falleció en Bogotá, el 13 de diciembre pasado. Fue colegial de número, doctor en filosofía y letras y secretario del Colegio, que lo contaba entre sus hijos más ilustres y a quien profesó siempre el más acendrado cariño. Una de sus últimas voluntades fue la de que sus exequias se celebraran en la capilla de la Boradita. Monseñor Carrasquilla ha perdido uno de sus más fieles y mejores amigos.—N. DE LA R.